

MIQUEL BARCELÓ, PINTOR DE LA EUROPA DEL SUR

BARCELÓ ES UN PINTOR LÚCIDO, CLARIVIDENTE, QUE ROMPE CON EL PASADO PERO QUE, AL MISMO TIEMPO, CONTINÚA, CON UNA FUERZA RENOVADA, LA TRADICIÓN DE LOS GRANDES PINTORES DE TODAS LAS ÉPOCAS, VINCULADOS DESDE SIEMPRE AL MEDITERRÁNEO.

PILAR PARCERISAS CRÍTICO DE ARTE

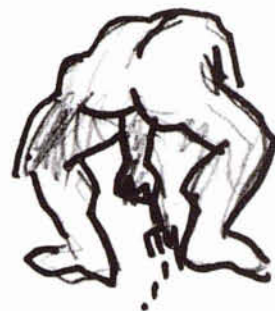


El nombre de Miguel Barceló está indiscutiblemente unido a la renovación de la pintura internacional de los años ochenta. El hecho de que Rudi Fuchs lo seleccionara como representante de nuestro país en La Documenta de Kassel de 1982, que consagró el neoexpresionismo y la pintura salvaje, fue determinante para su carrera artística. Su obra ha despertado el interés de algunos de los más relevantes galeristas del mundo (Lucio Amelio en Nápoles, Ivon Lambert en París, Bruno Bischofberger en Zurich y, más recientemente, Leo Castelli en Nueva York) que le han ofrecido la posibilidad de introducirse en los circuitos de mercado internacionales. Durante los últimos cuatro años, su obra ha estado presente en los grandes certámenes artísticos, como la Bienal de Venecia, París, y la exposición de apertura del Museo de Arte Moderno de Nueva York (MOMA), mientras diversos museos e instituciones han incorporado su pintura, como un sólido valor, a sus colecciones. En 1985, el Museo de Arte Contemporáneo de Burdeos le organiza una completa exposición itinerante por diferentes países que, por fin, fue presenta-



da en Madrid, donde la obra de Barceló era prácticamente desconocida, como también lo era en Barcelona, a pesar de haber trabajado, residido y mantenido contactos en esta ciudad desde mediados de los setenta hasta principios de los ochenta.

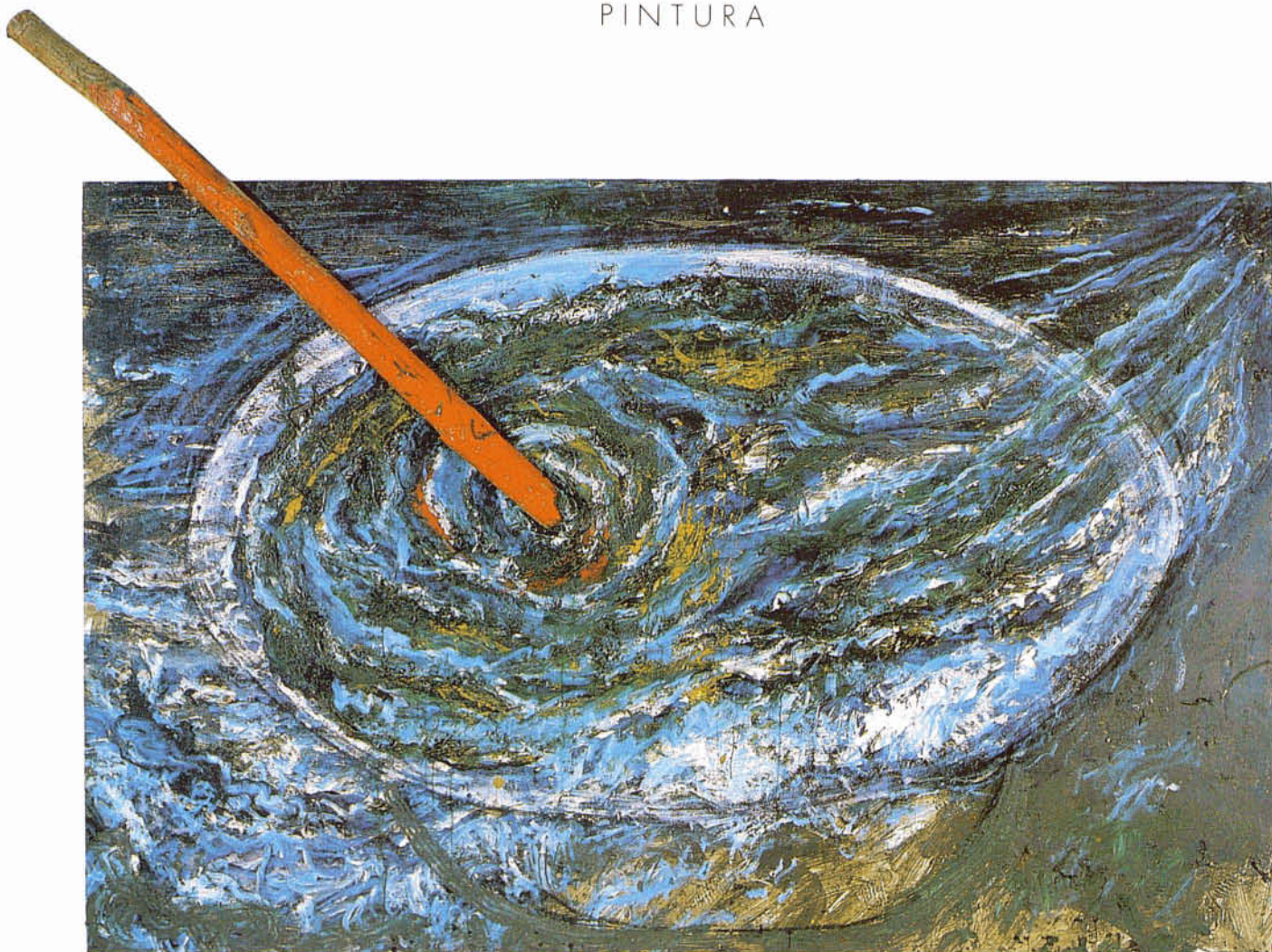
Portador de una nueva vivencia sensual de la práctica pictórica y de una iconografía que reactualiza todos los géneros históricos, poniendo en juego un primitivismo brutal junto a la gran sabiduría



del hombre culto, Barceló se ha convertido en un valor artístico reconocido en todo el mundo como un paradigma, dentro de las nuevas corrientes internacionales, de una visión mediterránea de una Europa decadente, tratada desde el punto de vista del paisaje, de la cultura y, propiamente, del arte.

Nacido en Felanitx (Mallorca) en 1957, Barceló encarna la figura del artista nómada de nuestro tiempo, que necesita sumergirse en diferentes medios para llenarse de vivencias. Su misma procedencia isleña le ha conducido hacia la idea del viaje, huyendo de aquella fuerza que, como dice el propio Barceló refiriéndose a la isla, "atrae hacia el centro y rechaza las orillas".

En su etapa mallorquina participa de la nueva plástica de los años setenta en las Islas, alternando la pintura con experiencias de carácter conceptual en la revista *Neon de Suro* y las acciones *Taller Llnàtic*. *Cadaverina 15* (Museo de Mallorca, 1976) constituye, de este período, la exposición más significativa en relación a su obra posterior, por la voluntad de poner de manifiesto la evidencia de lo orgánico mediante cajas herméticamente cerradas en las que se



estudiaba la descomposición de materiales orgánicos como carnes, pescados, etc. La incorporación a los pigmentos de materias orgánicas, para modificar la evolución del cuadro, estará siempre presente en la pintura de Barceló, añadiendo un matiz escatológico totalmente primario a su obra, que se somete a una disciplina compositiva clásica y controlada. A partir de este momento, el artista se introduce en el tema de los animales imaginarios y del autorretrato, aproximándose ya a las grandes líneas temáticas que definirán su obra.

Desde 1982, y después de su paso por la *Documenta*, emprende distintos viajes que confirman su espíritu de nómada del sur. En 1983, es citado en Nápoles por Lucio Amelio para participar en el gran proyecto *Terrae Motus* sobre el tema de la catástrofe. Un enorme taller al pie del Vesubio, entre Nápoles y Herculano, le descubre la teatralidad de Caravaggio y una ciudad, Nápoles, fundamentalmente barroca, construida bajo el signo de la acumulación de estilos. Después vendrá París, su taller en La Bastilla y una gran exposición a cargo de Yvon Lambert, seguida del traslado de su taller a una iglesia del siglo XIX,

en la calle de Ulm, que condicionará la evolución de su trabajo hacia una definición más precisa del dibujo, de la perspectiva, acentuándose el espíritu de composición clásica y la presencia del claroscuro, al tiempo que la figura humana desplaza las imágenes zoomórficas y va introduciéndose en el tema de la naturaleza muerta. En 1984, un viaje al sur de Portugal le pone en contacto, nuevamente, con el paisaje y el mar y establece un puente con las primeras marinas que había realizado en Mallorca.

Vilanova de Milfontes será el marco de este encuentro con la naturaleza y el *plein air*, que dará lugar a una exposición monográfica sobre este tema, en la galería de Bruno Bischofberger, en Zurich, a finales del mismo año.

La exposición preparada por el Museo de Burdeos (1985) definió claramente los grandes temas de la pintura de Barceló: la figura del pintor en el taller, como una reflexión narcisista, las marinas y las barcas, las naturalezas muertas, como una alegoría de lo orgánico, la insistencia en el libro y las bibliotecas, como una propuesta de conocimiento, las arquitecturas de las grandes galerías

del Louvre, como una penetración en el arte de todos los tiempos, y las cocinas y los fogones como un laboratorio alquímico que se erige en metáfora de una pintura que puede someter la materia a un proceso de metamorfosis capaz de transformar la mierda en oro. Todo ello tratado a partir de la reconsideración del pasado artístico, del claroscuro de Caravaggio, de las perspectivas del Tintoretto, de la luz de Rembrandt y Velázquez, de la monumentalidad de Piranesi o de la grandiosidad de Miguel Ángel, intentando incidir en una pintura de ritmo, movimiento y luz, como en la cúpula que corona el edificio del Mercat de les Flors de Barcelona, en la que un naufragio de libros atraídos hacia el agujero originado por la fuerza centrífuga de un remolino, revive el tema de la *Sopa de Europa*, pintura de 1985 que trata de la saturación cultural del viejo continente a partir del grosor de un plato de sopa. Barceló es un pintor lúcido, clarividente, que rompe con el pasado, pero que, al mismo tiempo, continúa, con una fuerza renovada, la tradición de los grandes pintores de todas las épocas, vinculados desde siempre al Mediterráneo. ■